

de tantas filipinas, honra de su sexo, sólo porque algunas desgraciadas arrastren el cadáver de lo que debieran apreciar más que la vida?

Esto nos recuerda el estribillo aquel del himno de los "Descamisados":

*Yo soy descamisado
Y quiero la igualdad;
Si yo no tengo un cuarto,
Que nadie tenga más.*

El cual estribillo, aplicándolo a nuestro caso, podríamos cambiar así conservando el metro:

*Yo siento por el verde
Irresistible afán;
Si yo como forraje
Que coman los demás.*

¡Estupendo, bravísimo, fenomenal! Eso se llama argumentar con lógica de hierro. Podrán los ergotistas decir que no se ve ni con la linterna de Diógenes la fuerza probativa del argumento; pero no hay que hacerles caso: los pobrecillos no están en el secreto de la misteriosa lógica que algunos privilegiados poseen. Pese a todos los lógicos medioevales el argu-

mento es robustísimo, de nervio, para probar hasta la saciedad que a ciertos individuos les sobra la cabeza por lo admirablemente que discurren con los pies. ¡Lástima que tales genios no sean más conocidos!

Un punto flaco tiene el argumento, y es que el Estagirita de nuevo cuño no ha contado con la huésped, celosa señora que no sufre ser preterida. Más claro: ha pasado por alto el sapiente a todos los individuos (y son muchos) que conscientes de su dignidad y fieles cumplidores de su palabra de honor, de sus promesas y juramentos, no quieren disputar a ciertos animales el placer de revolcarse en el cieno; y protestan indignados de que se les incluya en el montón de los aficionados al zacate, por el insulso y endeble argumento de que no falta quien lo come. Aviados estábamos si hubiésemos de llevar a cuestras el sambenito de robos, perjuicios, homicidios, adulterios, etc. porque haya sujetos que confiesan serles imposible resistir a tan hon-

rosa profesión.

De memoria sabemos hasta dónde puede llegar la bestia racional, cuando saltando las vallas que la separan de los irracionales, pisotea las leyes divinas y humanas para dar pábulo a sus inmundas pasiones. Pero también sabemos que en el reino animal no todos andan a cuatro patas, ni tienen estómago para digerir inmunicias.

Que hay quien las digiere. Está bien; al monte con ellos: que se hartan de zacate; y si éste no les basta, que desmochen los bosques, y se revuelquen y embadurnen de cieno; cierta clase de animales les harán honrosa compañía.

Conste, sin embargo, que si yo perteneciese al Buró de Sanidad, ordenaría que cuando esos aficionados al zacate padezcan indigestión, mejor dicho, torzones, no podrán acudir para su curación a los médicos, sino exclusivamente a los veterinarios.

Y, por hoy, punto final.

JUSTINO.

LAS MONJAS Y LA CIVILIZACIÓN



Una religiosa enseñando labores a unas igorrotas.